

ARABIA Y EL MAR ROJO EN EL PANORAMA POLITICO DEL PROXIMO ORIENTE

Desde que en julio del año 1956 los gobernantes de Egipto decidieron la nacionalización del Canal de Suez, comenzó a notarse que los problemas de los países situados en el Próximo Oriente, evolucionaban hacia la fijación de un centro común. Ese centro ha llegado a establecerse alrededor del Mar Rojo. Aunque en Julio de 1958 los sangrientos sucesos del Iraq llamaron la atención mundial hacia lo que Bagdad tiende a representar como foco de diversas perturbaciones, no se ha alterado la tendencia a que el Mar Rojo pase a desempeñar en la política próximo-oriental más reciente un papel primordial análogo al que en el paso del siglo XIX al XX desempeñaron los Estrechos de Turquía. Durante julio y agosto del corriente 1959, la trayectoria que convierte al Canal en un eje de predominio se ha acelerado en vista de muchos acontecimientos coincidentes.

En la República Arabe Unida las fiestas de julio no sólo celebraron la fecha simbólica de haberse cumplido el plazo completo de siete años («una semana de años») desde la revolución de 1952, sino que sirvieron para una revisión de los resultados obtenidos en torno al Canal y en virtud del Canal. Jordania ha vuelto en agosto a aproximarse a la R. A. U., después de llegarse a un acuerdo sobre reapertura de la frontera sirio-jordanica y de los planes para dotar al reino del Jordán de una vía de acceso sobre el Mar Rojo. En el Estado de Israel un movimiento general de protesta iniciado por los inmigrantes de Africa del Norte ha mostrado la existencia de varias corrientes de opinión, para que Israel deje de ser un «Estado judío» (en sentido estricto) y se convierta en «Estado semítico». El Líbano, entretanto, trata de utilizar el papel forzoso que ha llegado a desempeñar como principal punto de enlace marítimo y aéreo, por donde la «provincia Norte», o asiática, de la R. A. U. afluye hacia la «provincia Sur o africana». En el Iraq, aunque siguen las discrepancias personales

entre sus jefes y los de El Cairo, varias razones (sobre todo económicas) obligan al Presidente Kassem a no perder los vínculos en el resto del sistema árabe. Uno de estos vínculos es el de la coordinación petrolífera, dentro de la cual Arabia Saudita afianza y extiende su importancia. De esta Arabia y de su vecino el Yemen, la atención de Europa ha estado retenida en julio y agosto por los viajes de sus monarcas el Rey Saud y el Imán Ahmed, que visitaron respectivamente Alemania e Italia. Por último, Etiopía y el Sudán destacaron sus posibilidades de mayores actividades en los espacios próximo-orientales.

Desde el Cairo, el Presidente Nasser, después de afirmar que los siete años transcurridos sólo han sido «preparatorios de la revolución», expresó que su verdadera finalidad ha de consistir en suprimir dentro de las fronteras de la nación egipcio-siria todas las categorías de desheredados. Esto exige completar los objetivos del primer plan de recuperación económico-social (que termina en 1960) con otro plan de industrialización, por el cual el nivel medio de vida de las masas egipcias y sirias pueda ponerse en una categoría análoga a la de las más estabilizadas naciones de Europa Occidental. Sin embargo, tal propósito requiere que sobre las fronteras existan unas garantías de paz y seguridad que Nasser no cree posible mientras Israel presione sobre el Canal. A este respecto Nasser recuerda que la agresión de 1956 fué una reacción sionista contra la nacionalización egipcia del paso hacia el Mar Rojo; y un intento de que los barcos israelianos puedan utilizar el Canal ejerciendo, además, una forma de control. Para que hubiese alguna modificación en el estado de recelo respecto a las intenciones de los gobernantes de Tel Aviv, sería necesario que éstos abandonasen su actitud de no haber nunca respetado las decisiones de la O. N. U. desde 1947.

Como la más evidente entre las pruebas de los incumplimientos israelianos, se expone ahora en casi todas las capitales árabes la cuestión de los palestineses expulsados desde hace diez años, y entre los cuales la mayoría aún sigue viviendo en refugios provisionales. La tesis particular egipcia y la tesis colectiva de la Liga Árabe coinciden en que no puede adoptarse medidas respecto a la absoluta libertad de navegación del Canal y el acceso al Mar Rojo, si antes no se rehabilita a los árabes palestineses fugitivos, permitiendo a todos los que lo deseen el regreso a sus hogares y la devolución de los mismos. Desde julio, Nasser tomó la iniciativa de una reunión o serie de reuniones árabes sobre la cuestión de palestina,

con objeto de articular una unidad de criterio antes de que tal cuestión vuelva a plantearse en la Asamblea de las Naciones Unidas. Para ello se celebró en Beirut, hasta el 18 de agosto, una conferencia de técnicos, en la cual se transmitió un informe a los respectivos gobiernos.

El nuevo planteamiento actual de la cuestión palestina, junto con la del Canal y otras anejas, como la del Golfo de Aqaba, ha sido el principal factor que ha facilitado el volverse a la relación oficial de Jordania con la R. A. U. Las conexiones diplomáticas y el libre paso fronterizo habían quedado interrumpidos cuando en El Cairo se acogió con elogios la revolución del Iraq. Después no sólo ha sido el mutuo recelo entre Nasesr y Kassem el que ha vuelto a acercar a los gobernantes jordanos hacia El Cairo y Damasco. Mucho más ha pesado la declaración hecha el 24 de julio por elementos oficiosos israelíes de que «Israel recurrirá a todos los medios para obtener una completa libertad de utilización del golfo de Aqaba y el puerto de Eilath, abierto hacia el Mar Rojo». El control sionista sobre el referido golfo significaría que Jordania quedaría completamente embolsada y sin la más mínima posibilidad de acceso hacia fronteras abiertas. Hasta ahora el tráfico jordánico ha de dar un largo rodeo por tierras de Siria, hasta el puerto libanés de Beirut; pero hay el propósito de crear un puerto propio jordánico en Aqaba precisamente, para lo cual podría utilizarse una ayuda técnica egipcia.

Paralelamente a las dobles tendencias que en los medios oficiales de Jordania se muestran hacia un impulso de amistad con la R. A. U. y vuelta de sus principales posibilidades geográficas hacia el Mar Rojo, la política actual de Arabia Saudita tiende a seguir objetivos semejantes. La principal diferencia con Jordania consiste en que en Arabia Saudita, o Saudía, los cambios de posiciones regionales van desde marzo de 1958 unidos a una reorganización completa de uno de los Estados árabes y países musulmanes más arcaicamente tradicionales.

En el tradicionalismo local del mayor Estado de Arabia no sólo contaba la fama de haber sido la cuna de los jalfatos absolutos en el Islam medieval, sino el mismo origen de la dinastía reinante. Desde que los modernos Estados árabes del Mediterráneo Oriental nacieron de los movimientos de las «resistencias» contra el Imperio turco y de la posterior ayuda inglesa (que se hizo célebre por los libros del coronel Lawrence), la obra de fundación de Saudía se hizo completamente al revés y en contra de la familia de los Hachimitas protegidos por Gran Bretaña. El primer rey Abdulaziz

Ibn Saud, que en pleno desierto creó el reino al cual dió su propio nombre personal, persiguió el mismo objetivo de hegemonía sobre Asia Árabe, y de «cabecera del Islam», que los reyes hachimitas establecidos en Jordania y el Iraq. Mientras, los regímenes que en Amman y Bagdad fundaron (con el concurso inglés) los soberanos Abdullah I y Faysal I mantenían el recuerdo de ser sus reinos restos del «Imperio árabe» de Asia, soñado por el padre de Faysal y Abdullah, los dos países hachimitas resultaban amenazadores para Ibn Saud, que había hecho su reino de Saudía en guerra contra la familia de los otros monarcas. La anglofilia de las cortes de Amman y Bagdad fué también motivo de que Ibn Saud buscara contrapesos. Así, después de una inicial germanofilia, se decidió a establecer con Norteamérica sus principales enlaces, sobre todo económicos. Por otra parte, dentro del arabismo, tanto Abdulaziz Ibn Saud, como después su hijo y sucesor el actual rey Saud Ibn Abdulaziz, siguieron sosteniendo el principio de cooperar en primer término con quienes se opusiesen al predominio del sistema anglo-hachimita, cuyo principal símbolo era en Bagdad la figura de Nuri Said Bacha. La más constante oposición a Nuri Said procedía de Egipto. Así se explica que la monarquía saudita no cediese en su egipcismo empeñado, después de que en 1952 cayó el rey Faruq; ni tampoco cuando, a través de El Cairo, llegaban a Saudía teorías sociales que el absolutismo de la Corte de Riad consideraba peligrosas. Más fuerza tenían hechos como el del Pacto de Bagdad de 1955, obra de Nuri Said con los gobernantes turcos y pakistanos, por la cual Saudía podía perder la cabecera espiritual que cree tener sobre el mundo de cultura islámica.

Entre 1956 y 1958 las posiciones oficiales de Saudía cambiaron brusca-mente. Hubo incluso la posibilidad de que el Reino de Saud Ibn Abdulaziz (Saud I) llegase a federarse con los de los jóvenes soberanos hachimitas, Husain I de Amman y Faysal II de Bagdad. Aquellas sorprendentes nuevas tendencias fueron, entre otras cosas, pruebas de cómo en todo el Próximo Oriente las trayectorias económicas tienden a imponerse sobre las antiguas oposiciones de las jerarquías y los clanes.

La nacionalización del Canal de Suez constituyó un primer motivo de que el Rey Saud se alejase políticamente de El Cairo y se aproximase a los puntos de vista que en Bagdad sostenía el sistema de Nuri Said. Esto fué después de que algunos elementos oficiales egipcios apuntaron la posibilidad de que, en caso necesario, Egipto podría impedir el paso del petróleo por Suez, así como influir para que en otros países árabes boicoteasen los

oleoductos. Como estas posibilidades parecían amenazar tanto los intereses petrolíferos del Iraq como los de Saudía, inmediata consecuencia fué (en septiembre de 1956) la espectacular y afectuosa entrevista que en Damman, sobre el Golfo Pérsico, sostuvieron los reyes Saud y Faysal. Entonces se publicó un comunicado anunciando la reconciliación de las dos dinastías y el trazado de una línea política común «en el cuidado de sus intereses particulares y el interés general árabe». Un nuevo paso en el enfriamiento del rey Saud respecto a Egipto fué que cuando este país se proclamaba más inclinado a un «neutralismo positivo», Saud, después de un viaje a Estados Unidos, se mostró dispuesto a adherirse a la doctrina Eisenhower para el Oriente. Y cuando en febrero de 1958 los dos reyes hachimitas (Faysal y Husain) firmaron en Amman una declaración de que Iraq y Jordania se fusionaban bajo el nombre de «Federación árabe», el Rey Saud pareció dispuesto a considerar la adhesión de Saudía al sistema de la nueva federación; que nacía como oposición y contrapeso a la «República Árabe Unida» hecha en Enero con la unión de Egipto y Siria.

De pronto surgieron los cambios bruscos de mayo de 1958, cuyo origen y modo de producirse aún no se ha puesto suficientemente en claro. La principal manifestación exterior fué la publicación de un decreto por el cual Saud I reconocía y establecía una limitación de sus poderes absolutistas. Al mismo tiempo se encargaba de la dirección efectiva de las funciones gubernativas el Emir Faysal, hermano de Saud. Faysal había sostenido puntos de vista opuestos a los de Saud, pues consideraba necesario no sólo «desarmar la oposición de Egipto», sino acallar los focos crecientes de oposición interior en la misma Saudía, sobre todo por reformas urgentes de carácter económico. Una especie de plante o huelga general de todos los miembros de la allí muy numerosa familia real, obligó a que el monarca cediese parte de sus atribuciones. En general, no todos los miembros de la familia reinante Saudita deseaban las reformas; pero creían que de no abrirse un desahogo al descontento público, éste podría desembocar en agitación revolucionaria.

La mayor causa del descontento popular era la del enorme desnivel entre las ganancias que el país obtenía de las compañías petrolíferas y las aplicaciones a los gastos públicos y mejoras. El dinero solía aplicarse, ante todo, a finalidades suntuarias palatinas, tales como compra de una enorme cantidad de los más lujosos autos, enormes banquetes, regalos, cacerías y hasta jardines con refrigeración en pleno desierto. La reforma a que Faysal

se lanzó con mayor empeño fué la de poner orden en los presupuestos, empeño que parece haber logrado durante los primeros catorce meses (con la ayuda del experto pakistano Sid Anwar Ali, prestado por el Fondo Monetario Internacional). El único inconveniente que se observa es el débil estado de salud de Faysal y el hecho de que la reforma dependa de las fuerzas de un solo hombre.

En la parte árabe de la política externa, un comunicado conjunto publicado en El Cairo después de una especial visita del saudita príncipe Faysal al Presidente Nasser, daba cuenta de haberse «saneado la atmósfera entre los dos países hermanos» y haberse «fortalecido sus lazos fraternales». A esta declaración contribuyó desde luego el frente común que los Estados de la Liga Árabe presentaron ante la O. N. U. para rechazar toda intervención armada extranjera en el «Middle East». Pero hay también (desde un punto de vista saudita oficial) la creencia de que una buena relación con la República Árabe Unida, puede neutralizar o atenuar los efectos de la actuación de los «Sauditas libres».

Los miembros y los simpatizantes de la organización de dichos «Sauditas libres» se reclutan generalmente entre los técnicos que se han formado en centros de El Cairo, Beirut o de Europa, tanto obreros como militares y de profesiones intelectuales. Todos ellos coinciden en desear la evolución del reino saudita hacia un sistema parlamentario y constitucional. El órgano activo y sector más avanzado de esos reformistas es el de los que se agrupan en el llamado «Frente Saudita de Liberación Nacional», con miembros repartidos por la R. A. U., el Líbano, Sudán, etc.

En el otro reino de la península de Arabia, es decir, el Yemen, también existen «yemenitas libres», aunque de manera más confusa. Estos «yemenitas libres» se reparten en dos grupos que respectivamente residen en El Cairo y en Aden, vinculados los primeros al panarabismo y los segundos a la influencia británica. Hay, además, el factor de gran confusión originado por el hecho de que también existe un tercer grupo de «reformistas» que siguen consignas rusas; pero el mayor introductor allí de la influencia soviética es precisamente el príncipe heredero Mohammed Seif el Islam (después de una visita que hizo a Moscú en 1958). Aumenta el embrollo la existencia de varias grandes tribus que se empeñan en que el país se siga rigiendo por un sistema teocrático-feudal. Y también la existencia de grupos de gentes empeñadas en que Yemen se federe o se funda con los territorios que componen el protectorado inglés de Aden. Por ahora, y entre la confusión yemenita,

tienden a predominar las influencias egipcias. Sobre todo porque desde El Cairo es desde donde reciben los productos industriales y los factores de modernización.

Hacia el otro costado de la península de Arabia que da sobre el Golfo Pérsico, las posibilidades de atracción de El Cairo se han visto demostradas durante julio y agosto, por el aumento de la afluencia hacia la capital de la R. A. U. de los emigrados políticos de Kuwait, Baharain, Mascate, etc. La más destacada llegada ha sido la del Imán Ghaleb Ben Ali, antiguo soberano del pequeño y montañoso Estado de Omán, que desde hace dos años fué conquistado por tropas inglesas. Ghaleb Ben Ali ha pedido a la Secretaría de la Liga Arabe que reclame ante la O. N. U. la concesión a Omán de una «independencia unitaria».

En la república del Sudán se encuentra el sector del Oriente árabe más desconocido o, por lo menos, más olvidado en Europa. Uno de los factores del olvido consiste en que el Sudán no tiene enlaces directos con las grandes comunicaciones internacionales de dicho Oriente, pues su única salida es el puerto de Port-Sudán, que, dentro del Mar Rojo, tiene sólo carácter local. También existe en los países lejanos al Sudán el prejuicio de creer que su posición geográfica sobre un costado del Africa tropical hace del Sudán del Nilo un «país negro». Esto es falso (a pesar del predominio de las caras oscuras entre los sudaneses), tanto por el hecho cultural de que allí predomina la lengua árabe, como por el económico de que sus producciones se relacionan con las de Egipto, y el de que la fachada del país da sobre el Mar Rojo, lo mismo que las de los reinos de Arabia. Ese factor pesa tanto que durante las más recientes reuniones de la Liga Arabe se ha visto cómo los representantes sudaneses sostienen posiciones muy semejantes a las de los representantes sauditas. Estas posiciones son, dentro del sistema panarábigo general, las de buscar un punto medio de equilibrio entre las tensiones extremas del Iraq y la R. A. U.

Existen, sin embargo, dentro de los respectivos localismos de Saudía y Sudán (lo mismo que en el Yemen) varios motivos de mejores conexiones humanas con Egipto, sean cuales fueren las relaciones políticas mundiales de los gobernantes de la R. A. U. Así en la enseñanza y educación las escuelas normales y las universidades de El Cairo y Alejandría son los sitios principales de formación de los profesorado de Jartum y La Meca; además, de los centros de difusión libresco, periodística y cinematográfica. Económicamente, mientras sobre el Mar Rojo el puerto de Yedda, en Arabia, tiene

con Suez su mayor enlace, en el Sudán toda la agricultura depende de que puedan utilizarse las aguas del Nilo en coordinación con los servicios de riegos egipcios.

Lo mismo que en los dos reinos de Arabia, el actual régimen sudanés de la junta militar que preside el general Ibrahim Abbud, ha hecho exteriormente las más entusiastas manifestaciones en favor de sus amistades preferentes con la R. A. U. Pero a la vez recelan Abbud y sus amigos de los diversos «movimientos libres» que, impulsados por ejemplos de realizaciones egipcias, aspiran a futuras hegemonías dentro de sus diversos países. En el Sudán, el más fuerte y organizado partido de oposición sigue siendo el «Nacional Unionista» de Ismail el Azharim, el cual aspira a que Sudán vuelva a ser «un grupo de provincias egipcias, lo mismo que fué antes de la pasada ocupación inglesa. El gobierno militar del general Abbud trató en los primeros momentos de buscar una posición central moderada, en la cual se compensasen, en los extremos opuestos de los unionistas pro-egipcios, los separatistas exaltados (afectos al mahdismo), los separatistas negros del extremo Sur, los laboristas de izquierda... Sin embargo, desde junio a julio de este año Abbud hizo detener y encarcelar a varios ministros, ex-diputados, jefes militares, miembros o simpatizantes del nacional-unionismo. Aunque a la vez se dijo oficialmente que ningún cambio político interrumpirá el propósito de llegar con Egipto a un arreglo amistoso completo de la cuestión de los riegos del Nilo.

Es, sin embargo, muy posible que respecto a la cuenca del Nilo la parte más importante de las decisiones futuras pueda desempeñarla Abisinia o Etiopía. Como en territorio abisinio está precisamente el lago Tana, que es el regulador de las crecidas veraniegas por las que el Nilo da a Egipto y Sudán su fertilidad, la utilización del Tana en que ahora piensan los gobernantes de Addis Abeba, refuerza el papel de los etíopes cerca de sus vecinos países de lengua árabe. Muy interesante es asimismo el actual empeño de que por medio de nuevos accesos a los puertos de Assab y Massaua, Etiopía (volviendo la espalda al Africa tropical) se haga esencialmente un país del mar Rojo. Incluso por nuevas comunicaciones, frecuentes entre Massaua y los puertos de Arabia.

La visita que el Negus y «Rey de Reyes» Haile Selasie hizo a El Cairo en junio ha marcado un etapa esencial en las nuevas trayectorias de Abisinia y los deseos de su Emperador. Este firmó, el 25 de ese mes, con el Presidente Nasser un acuerdo para regular el régimen mixto de la Iglesia

cristiana copta en Egipto y Abisinia. Por tal acuerdo, las jerarquías eclesiásticas de Addis Abeba ven reconocidas sus facultades de gestión local, a la vez que se fortalece solemnemente la dependencia espiritual respecto al jefe y Gran Patriarca de dicha religión, que reside en El Cairo. Junto a este acuerdo parece ser que ha habido promesas mutuas de apoyos políticos, como los que Etiopía puede prestar a la R. A. U. respecto a ciertas cuestiones del Canal de Suez y el apoyo de la R. A. U. a la tesis etíope de rechazar el proyecto anglosajón para crear una «Gran Somalía».

Etiopía llega así a resultar uno de los ejemplos más curiosos de la general tendencia antes citada de que el Próximo Oriente, en general, y sus países de lengua o tradición árabe, en particular, tiendan a confluir sobre el Mar Rojo, sus accesos y sus alrededores. La confluencia se une con la urgencia de un reajuste por el cual cesen los mutuos recelos de los Estados y Estadillos próximo-orientales, para poderse dedicar a urgentes rehabilitaciones económico-sociales. Sobre esto se ha podido resumir exactamente el punto clave de las contradicciones actuales, con la frase de «Petróleo, pobreza y armas». Se refiere a que las explotaciones de tesoros del subsuelo no han servido para que los países del Levante arábigo remedien las deficiencias que en ellos han impuesto sus precipitadas, forzosas y, a veces, atropelladas modernizaciones. Aunque las formaciones y las importancias políticas de naciones en parte artificiales, como Iraq y Saudía, se han debido, sobre todo, a los recursos de sus petróleos, es muy curioso que esto no haya remediado sus índices de relativa pobreza. Tampoco en Egipto los ingresos del algodón y del Canal han remediado aún la depresión de sus «fel-lahs». Tanto en el doble país de Egipto-Siria, como en Jordania, el Sudán, y, sobre todo, el Iraq, la mayor parte de los ingresos que debían aplicarse a grandes obras de regadíos, recuperación de suelos, desarrollos forestales, fijación de suelos, saneamientos, escuelas, etc., se están empleando en armas y municiones. Así en Próximo Oriente el aumento del dinero es un aumento de problemas y una disminución de la atención puesta en los medios de producción. Exactamente se ha dicho que los nuevos regímenes revolucionarios árabes comienzan anunciando el deseo de ser justos, pero terminan conformándose con ser, por lo pronto, fuertes. Aunque la «fuerza» sólo termine en acumular chatarra de material que se estropea al sol.

La concentración del Próximo Oriente exige una base de convivencia. En las capitales de los Estados árabes se afirma que eso es imposible mientras Israel persista en sus propósitos iniciales de conquistas ilimitadas y expul-

siones de pobladores a costa de sus vecinos. En realidad, casi todos los cambios de regímenes, golpes de Estado, y otros diversos trastornos que el Próximo Oriente viene experimentando durante el decenio 1949-1959, son consecuencias indirectas de la breve guerra de 1948 y la sustitución por el Estado de Israel de la antigua «Tierra Santa» o Palestina. Sin embargo, dentro del mismo Israel se siente ya la necesidad de reformas radicales que permitan a la nación judaica quedar encuadrada dentro del Oriente que la rodea.

Iniciadores y propulsores de la transformación israeliana o israelí han sido, durante julio y agosto, algunos núcleos de los hebreos conocidos por los nombres colectivos de «sefardíes», «sefarditas» y «sefardium». En esos nombres, que todos significan «españoles», está el reconocimiento de una tradición que considera a los hebreos descendientes de la Península Ibérica como un núcleo racial y culturalmente selecto dentro del hebraísmo. Esto es lo mismo para los sefardíes, que tienen como lengua usual el árabe, que para quienes aún conservan un arcaico castellano, y los de lenguaje doble, arabo-castellano, como los hebreos norteafricanos, que en Israel se conocen como «marroquíes». Muchos de estos «marroquíes» emigrados a Israel (desde Casablanca, Argel, Túnez, Trípoli, etc.) eran obligados a vivir acumulados en los barrios más míseros de Jerusalén, Jaffa, Haifa y las poblaciones de Galilea. Por eso, entre la mitad de julio y la mitad de agosto, el descontento sefardí se manifestó con disturbios. Como consecuencia de haber sido atraídos hacia Israel por ciertas propagandas que les hablaban de un pretendido «paraíso judío», los «españoles» emigrados no sólo se han visto obligados a hacinarse en casuchas sórdidas, sino que han comprobado que muchos dirigentes del Estado sionista o israeliano les tratan con desprecio y no les dan facilidades para su vida ni su trabajo.

Después de haber comenzado (en Haifa y Nazaret) la protesta sefardí con motines que las mujeres organizaban para quejarse de las dificultades del racionamiento; la represión por parte de la policía sionista hizo formarse «grupos de defensa» de los hebreos norteafricanos, a cuyo frente apareció cierto David Ben Haruch. Este fué detenido junto con varios de sus amigos; pero los disturbios y las represiones han servido para poner en actividad a la mayor parte de los residentes de lenguas árabe y española. Estos se calculan en 700.000 a 800.000 dentro de un total de 2.100.000 habitantes. Muchos de ellos han organizado una liga política denominada «Movimiento Semítico», que piensa presentar candidatos en las elecciones parlamenta-

rias de noviembre. El ideario del «Movimiento Semítico» consiste en pedir la paz con las naciones árabes vecinas; así como la fusión de árabes y hebreos en un sistema federal de «Media luna fértil» para todo Oriente Próximo.

Aparte de los programas sefardíes, las necesidades de una normalización pacífica en las regiones rurales de Israel, han hecho que un comité ministerial especial haya aprobado una proposición de la «Keneset» (Asamblea Nacional de Israel) para que sean abolidas las restricciones a que estaban sometidos los árabes que quedaron en territorio israelí, y que son más de 214.000. También está en estudio la posibilidad de acceder a la reinstalación de núcleos de otros árabes que se refugiaron en Jordania, Líbano y zona egipcia, así como alentar la fijación y sedentarización de nómadas procedentes de Arabia, dentro del desierto israelí del Negueb.

La aceptación del concepto teórico de que Israel sea un doble Estado hebreo-árabe no resulta oficialmente imposible; puesto que dentro de la Keneset siempre hubo algunos escaños reservados para diputados árabes, y a este idioma se traducen tanto los discursos como los textos legales. Ahora sólo se trata de extender ese principio para uso de repatriados musulmanes y cristianos. La conferencia que la Liga Árabe celebró en Beirut hacia la mitad de agosto hizo cuestión fundamental la posibilidad de que los refugiados opten por regresar a Palestina o quedarse donde están. El punto inicial de aceptación por los Estados arábigos de la realidad del Estado israelí, sólo puede arrancar de una solución equitativa para los desplazados.

Una ojeada a los mapas del Oriente Próximo, en los sectores de Arabia, Mar Rojo y zonas vecinas, muestra que Israel corta las comunicaciones terrestres naturales entre los dos lados donde se juntan los continentes asiático y africano. Egipto y los países del Magreb sólo enlazan hoy con Siria, Jordania, Iraq, Persia, etc., a través del puerto de Beirut. Por otra parte, el exceso de fronteras artificiales no sólo impide el paso de trenes y autos, sino que engendra confusión en los sistemas de oleoductos petrolíferos. Como en la época presente el petróleo constituye el mayor recurso del Próximo Oriente, tanto para obtener divisas como para iniciar reconstrucciones, es evidente que las soluciones políticas internacionales de carácter regional tienen en las coordinaciones petrolíferas sus más naturales fundamentos. Después de la pasada primera Conferencia Árabe del petróleo, que reunió en El Cairo en Abril a los representantes de once Estados del Oriente y Africa

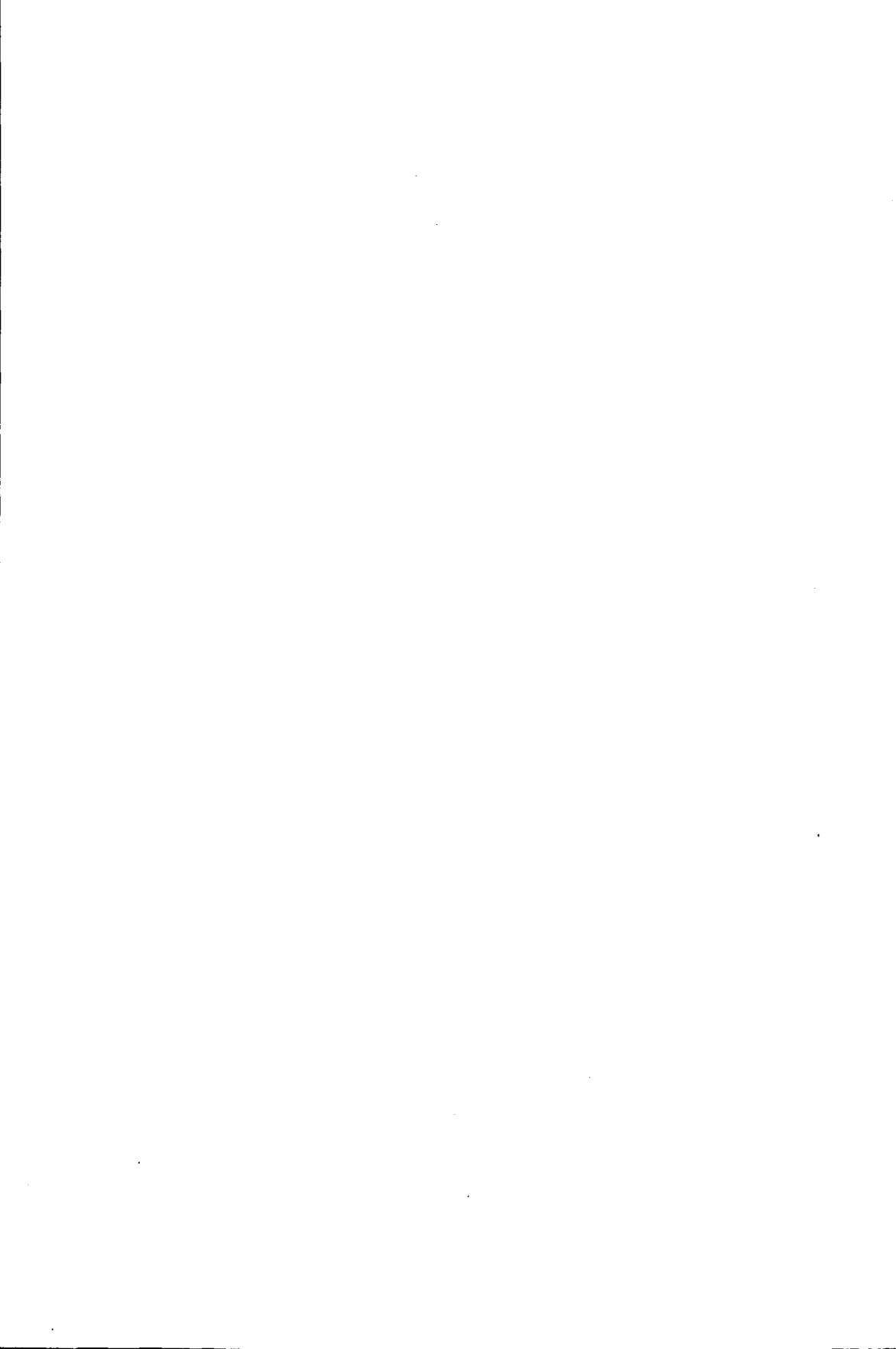
del Norte, se ha convocado para el 17 de octubre otra reunión en la capital de Arabia Saudía. En ella se tratará de coordinar los transportes petrolíferos y las aplicaciones de recursos e ingresos para obras de valoración. También se han incluido en el orden del día varias proposiciones para unificar la política petrolífera en lo referente a cuotas, concesiones, distribución, etcétera. Y acaso quede establecido un organismo de enlace permanente, que podrá estar enclavado en alguna parte de Arabia.

En conjunto, la nota principal más destacada de todos estos intentos de reajustes que los países arábigos y sus inmediatos vecinos semíticos buscan en torno a concentraciones de la geografía y la economía, han acusado más el contraste con la relativa indiferencia y el despego mostrado hacia las grandes potencias. Durante el verano del corriente 1959, el llamado «Mundo Árabe» ha sido uno de los sectores del mundo en general, donde la Conferencia de Ginebra, el régimen de Berlín, el viaje de Eisenhower a Europa y el proyecto de viaje de Kruschew a los Estados Unidos han despertado menos interés. La opinión preponderante en los centros informativos de El Cairo y Beirut, de Arabia, de Túnez, etc., es que Berlín y sus fronteras vecinas representan ya muy poca cosa en comparación con los grandes cambios de los extensos sectores afroasiáticos, donde el excesivo crecimiento de China, la crisis de la India y la independización del Africa negra crean en el planeta nuevas líneas de fuerza. Junto a estos nuevos sectores, los árabes estiman que los intereses de las grandes potencias tienden a ir quedando en posiciones de relativa minoría. Los dirigentes y los teorizantes más característicos del panarabismo no están de ningún modo dispuestos a perder sus enlaces europeos (sobre todo en la cuenca mediterránea); ni tampoco las vinculaciones con Hispanoamérica, donde habitan varios cientos de miles de sus emigrados. Pero en todo caso quieren figurar entre las supuestas «fuerzas de reserva» de aquellos sectores de afroasiaticismo, representados ante la O. N. U. Como primera medida práctica para conseguirlo sugieren que los asuntos de política interna queden en todos sus Estados desvinculados de los intereses generales comunes, como son los petrolíferos. Es probable que durante la próxima reunión plenaria convocada en Arabia Saudía, se trate también de buscar una fórmula para establecer uniones parciales monetarias y aduaneras entre los diversos países que integran la Liga de El Cairo.

La visita que el rey Saud realizará a El Cairo entre el final de agosto y el comienzo de septiembre, servirá para que con vistas a esa reunión quede

reforzada la posición de Arabia Saudía como punto medio de equilibrio y de consolidación del sistema árabe entero. Ante todo ha sido por lo efusivo de la reconciliación entre el Presidente Nasser y el monarca del desierto, cuando ambos hicieron publicar y divulgar un comunicado proclamando la comprensión más completa, con decisión de una colaboración total». Esta colaboración parece que había de ejercerse en el sentido de que los dirigentes de Saudía procuren actuar para apaciguar los sectores en los cuales Nasser y la R. A. U. tienen pleitos y hostilidades árabes; o sea, el Iraq, el Yemen y en parte Túnez. Sobre Túnez, los representantes sauditas en la conferencia que la Liga Árabe ha celebrado en Casablanca, han apoyado las gestiones conciliadoras que el Secretario General de la Liga Árabe, Hassuna, realizó cerca del presidente Burguiba. En Yemen la buena relación del rey Saud con el Imán Ahmed puede ejercerse para que no haya conflictos, después de que al regresar de Europa el Imán suprimió por la fuerza todas las reformas modernizadoras y proegipcias que se habían establecido durante su ausencia. En cuanto al Iraq, los dirigentes de Saudía, el Líbano y Marruecos coinciden en la convicción de que ha de darse al general Kassem un amplio margen de confianza y seguridad para volver al conjunto del nacionalismo árabe, pues, a pesar de sus amistades rusas, Kassem no es comunista, y puede retornar al arabismo, siempre que se convenza de que éste no significa la hegemonía de otro país arábigo sobre el de Bagdad.

RODOLFO GIL BENUMEYA.



III

CRONOLOGIA INTERNACIONAL

